

El encuentro internacional “Mujeres”

LUCIENNE SALLÉ

El siglo XXI ¿será femenino? Al aproximarse el dos mil, algunos se lo preguntan. Los cambios que han modificado por completo en estos últimos treinta años la vida de las mujeres y la relación hombre-mujer justifican este presupuesto y esta mirada al futuro.

Los años del Pontificado de Juan Pablo II están llenos de llamadas a la consideración que se le debe a la mujer y a la necesidad de estudiar adecuadamente su misión en un mundo pluralista que se considera igualitario. Consciente de las fuertes tensiones a las que son sometidas las mujeres, y de la poca atención que se presta a la feminidad en nuestros días, el Papa ha intervenido sin descanso, exhortando a dejar vivir el “genio de la mujer”. Su postura respecto al tema está estupendamente expresada en la *Carta a las mujeres* fechada el 29 de junio de 1995, año en que se celebró la IV Conferencia mundial sobre la mujer organizada por las Naciones Unidas.

El Encuentro promovido por el Pontificio Consejo para los Laicos ha contado con la participación de 120 personas, la mayoría de ellas mujeres, sin excluir una buena representación de hombres. Han estado presentes miembros de asociaciones y movimientos eclesiales, delegados de la Conferencia de las Organizaciones Católicas Internacionales, profesores universitarios, representantes de consejos pastorales para las mujeres, religiosas, así como mujeres de la política, sociólogas, juristas, mujeres de negocios, escritoras, periodistas, mujeres que trabajan en los diversos dicasterios de la Curia romana, muchas de ellas madres de familia.

Siguiendo el método *ver, juzgar, actuar*, el Encuentro se ha desarrollado en tres etapas. El primer día se ha dedicado a ilustrar la realidad actual, en una animada mesa redonda donde, entre otros, han intervenido la americana Mary Ann Glendon, profesora de Derecho de la Universidad de Harvard; la nigeriana Kathryn Hawa Hoomkwap, doctora en Ciencias Políticas; la polaca Hanna Suchocka, jurista y que ha sido primer ministro, e Irina Ilovaïsky

Alberti, redactora de la Revista “Rusia cristiana”. Cuatro mujeres que tienen una visión completa de la situación actual de la mujer y que una tras otra han presentado los aspectos más destacables. “La mujer frente a opciones fundamentales: dificultades, desafíos y perspectivas en la cultura contemporánea” ha sido el título de la ponencia con la que se ha iniciado un animado debate, seguido con interés, que también ha abarcado las siguientes cuestiones: “La mujer que protege la vida y cuida de lo humano”, “La participación de la mujer en las distintas formas de compromiso social”, “El genio femenino en la tradición cultural y religiosa de los pueblos”.

El segundo día, el momento de “juzgar” ha querido ser un intento de buscar a la luz de la Biblia y del Magisterio la realidad del don de la creación del ser humano en la “unidad de los dos”, un profundizar en algo que en nuestros días se cree cada vez más necesario. La Iglesia puede, de hecho, aportar una contribución antropológica y teológica insustituible – y en cierto sentido, válida para toda la humanidad – a la construcción de una sociedad en la que los hombres y las mujeres puedan vivir de manera consciente y plena su identidad, diferencia, igualdad, complementariedad, reciprocidad.

Bruna Costacurta, profesora de Antiguo Testamento de la Universidad Gregoriana, junto con S. E. Monseñor Angelo Scola, Obispo emérito de Grosseto y Rector de la Pontificia Universidad Lateranense, nos han ofrecido los elementos de esta búsqueda.

La persona humana, creada a imagen de Dios, ha sido el centro de ambas conferencias. Brunna Costacurta explicita el todo de la narración bíblica que no debe ser interpretada, subraya, “como si primero hubiera sido creado el ser masculino y después, en un segundo momento, el femenino, sino que más bien debe entenderse como el desarrollo de un único y grande acontecimiento creador, el del ser humano que se manifiesta en todo su sentido y llega a su perfección sólo cuando se descubre como ser humano diferenciado, es decir, hombre y mujer”. S. E. Mons. Angelo Scola, partiendo de esta afirmación antropológica de la “unidad de los dos” y de sus raíces teológicas (cristológica y trinitaria), propone entender la finalidad relacionándola con el misterio de la Iglesia, Esposa de Cristo.

El tercer día, los grupos de trabajo han puesto sobre el tapete las investigaciones y experimentaciones hechas en relación con la te-

mática tratada, que podrían considerarse como propuestas en vista a una respuesta de la Iglesia a las exhortaciones de Juan Pablo II a “un compromiso renovado de todos para el bien de las mujeres de todo el mundo”. Estudiosos y representantes de una “base” que trabajan con y para las mujeres dentro de algunas asociaciones, han profundizado juntos temas que iban desde “los diversos rostros de la pobreza femenina: las mujeres protagonistas del propio desarrollo” a “Hombres y mujeres: construir juntos el futuro desde la complementariedad recíproca”, “Las mujeres, aliadas de Dios, en la construcción de la cultura del amor”, “La mujer y la comunicación: imágenes de las mujeres, papel de los medios de comunicación”, “Las mujeres y el cuidado de lo humano”.

En relación a esta última temática, uno de los grupos escribe: « Los tiempos del cuidado son diversos en la vida de una mujer, se articulan de manera diferente, pero llegan todos a expresar el mismo significado. Los tiempos del cuidado son aquellos en los que cuidan de los hijos pequeños; les acompañan en su desarrollo, es decir, cuidan de su educación; son también aquellos momentos singulares en los que se acompaña a los hijos o a los jóvenes que tenemos encomendados, en la elección de su proyecto de futuro. El tiempo del cuidado, es el tiempo de *cuidar el diálogo*, como cuidado de la alteridad, que a lo largo de la vida conyugal se desarrolla en el intento por mantener esta alteridad junto a la búsqueda de la unidad. Es un cuidado, por tanto, del diálogo de la diferencia. A través de la madre se llega al padre. El Santo Padre lo ha aclarado cuando al saludarnos nos decía: “Esta maternidad, en su sentido personal y ético, manifiesta una creatividad de la que, en gran parte, depende la humanidad de todo ser humano; asimismo invita al hombre a conocer y expresar su propia paternidad”. Por tanto, cuidar el diálogo y *cuidar con gratitud* a nuestros padres, porque el cuidado va más allá del tiempo; el tiempo es el de las generaciones y por tanto, el cuidado maternal trasciende las generaciones. Pero la dimensión global del cuidado, que comprende todas las dimensiones de la vida, todos los momentos de la vida de una mujer en el tiempo, significa cuidado del cuerpo y del alma, es decir, cuidado del destino, cuidado del misterio que hay en todo lo humano.

¿Cuáles son los lugares del cuidado? Donde quiera que viva una mujer debería crear lugares de cuidado de lo humano y custodiarlo

en el tiempo. Pero el lugar privilegiado del cuidado es la familia, hacia afuera y hacia adentro – como muchos han subrayado – la familia, como valores sociales y eclesiales. La familia en la que esta mujer vive el cuidado de lo humano, que no es un valor privado, sino valor social, porque, inmediatamente se crea una relación que se extiende de la madre a sus hijos, a las relaciones conyugales, y que históricamente comprende cada momento. Cada maternidad tiene esta dimensión generativa y espiritual que se convierte inmediatamente en social.

La reciprocidad que se vive en la familia se convierte en norma social, o debería convertirse, y simbólicamente representa una forma de solidaridad que nuestra sociedad ha perdido y que muchas otras sociedades aún no han conquistado. Emblemáticamente la casa – el término “casa” se ha usado en algunas intervenciones – es el lugar de la acogida, como expresión de este tipo de cuidado».

Tratando de los diversos aspectos de la *pobreza femenina*, otro grupo ha puesto de relieve la capacidad de las mujeres de aceptar los retos de la pobreza, de hacerles frente ellas solas. «Muchas veces están motivadas por el deseo de ofrecer a sus hijos un futuro mejor (la “tontina” en Africa, la práctica del “mutirão” en Brasil). La organización de cooperativas son ejemplo, entre otros, de numerosos proyectos basados en la solidaridad entre las mujeres, la ayuda recíproca, la aplicación del principio de subsidiariedad. Se podría hablar de una nueva pedagogía de la ayuda que no sólo proporcione la esperanza de salir algún día de la pobreza, sino que haga renacer el sentimiento de la propia dignidad, porque la pobreza más grande es la de no poder ayudar a nadie».

La participación de las mujeres en la *construcción de una cultura del amor* debe estar basada en una espiritualidad de comunión. Es lo que afirma otro de los grupos, indicando que «a lo largo de la historia es posible seguir la acción del Espíritu a través de las mujeres que han contribuido con sus intuiciones y recursos a generar un mundo más humano, en armonía con el plan de Dios. Actualmente el Espíritu, a través de una mayor toma de conciencia iluminada por el magisterio de Juan Pablo II, saca a la luz la dignidad y la vocación particular de la mujer. Esta espiritualidad de comunión viene dada por el Espíritu de Verdad, que lleva a la conversión, a

la purificación de las relaciones recíprocas, a la reconciliación en el seno de la familia humana; por el Espíritu de Vida, que se sirve del cuerpo, de la inteligencia, del corazón de cada uno para generar física y espiritualmente seres humanos y vencer la cultura de la violencia y de la muerte que hoy amenaza a la humanidad; por el Espíritu de comunión, que permite a los hombres y a las mujeres vivir el don recíproco y la solidaridad en el seno de la familia y de cualquier otra comunidad humana».

Las Eucaristías y Liturgia de las Horas, vividas con intensidad en el marco de la bella capilla del Centro Nazareth, han ayudado a los participantes en el Encuentro a reforzar la convicción de que es necesario pasar de una mentalidad de poder a una mentalidad de servicio.

La tarde del 8 de diciembre, cuando todos se disponían a volver a su países, cada uno llevaba en el corazón las palabras de Juan Pablo II pronunciadas en la audiencia concedida el día anterior: «La Iglesia es nuestra madre. Nosotros que somos sus hijos, estamos llamados a participar en esta generación de un pueblo nuevo para Dios. Esta maternidad la aprendemos de María, modelo singular de virgen y de madre (*Lumen gentium*, 63)».

De: La lógica de la entrega sincera. Encuentro internacional "Mujeres", Roma 6-8 diciembre 1996. Laicos Hoy, Revista del Pontificio Consejo para los Laicos, 40, Ciudad del Vaticano 1997.